

Este gran espacio de territorio ocupado por las repúblicas angloamericanas ha suscitado dudas acerca del mantenimiento de su misión. Entendámonos: algunas veces se originan intereses contrarios en las diferentes provincias de un vasto imperio, y se encuentran al cabo en pugna, sucediendo entonces que la magnitud del Estado es lo que más compromete su duración. Mas si los hombres que ocupen aquel vasto territorio no tienen entre sí intereses opuestos, su misma extensión debe servir para su prosperidad, por cuanto la unidad del gobierno favorece sobremanera la permuta que se puede hacer de los varios productos del terreno, y que, facilitando su salida, aumenta su valor.

Ahora bien; veo, en verdad, en las diferentes partes de la Unión, intereses diferentes, mas no descubro que sean contrarios unos á otros. Los Estados del Sur son casi exclusivamente labradores. Los del Norte, en especial, fabricantes y comerciantes. Los Estados del Oeste son al mismo tiempo fabricantes y cultivadores. En el Sur se recoge tabaco, arroz, algodón y azúcar; en el Norte y Oeste, maíz y trigo. Ved aquí diversas fuentes de riqueza; mas para beber en ellas hay un medio común é igualmente favorable para todos, cual es la unión.

El Norte, que conduce las riquezas de los angloamericanos á todas partes del mundo y las del globo al seno de la Unión, tiene un interés evidente en que subsista la Confederación tal cual está en nuestros días, á fin de que permanezca el mayor número posible de productores y consumidores americanos, á quienes él ha de servir. El Norte es el medianero más natural entre el Sur y el Oeste de la Unión; por una parte, y por otra, con lo demás del Universo; por eso debe desear el Norte que el Sur y el Oeste queden unidos y florezcan, con el objeto de que suministren á sus fábricas materias primeras y flete á sus embarcaciones (1).

Asimismo, el Sur y el Oeste, tienen por su lado un interés aún más directo en la conservación de la Unión y en la prosperidad del Norte. Los productos del Sur se exportan en gran parte más allá de los mares; el Sur y el Oeste tienen, pues, necesidad de los recursos comerciales del Norte, debiendo querer que la Unión ten-

---

(1) La antes mencionada guerra separatista proporcionó la más terminante comprobación á estas palabras.—(N. del T.)

ga gran imperio marítimo para poder protegerlos eficazmente, y hasta contribuirían gustosos al coste de una marina (1), ya que carecen de naves, puesto que si las flotas de Europa llegan á bloquear los puertos del Sur y el Delta del Missisipí, ¿en qué vendrán á parar el arroz de las Carolinas, el tabaco de Virginia, el azúcar y el algodón que crecen en los valles del Missisipí? No hay, pues, una porción del presupuesto de gastos federal que se deje de aplicar á la conservación de un interés material, común á todos los confederados.

Prescindiendo de esta utilidad comercial, el Sur y el Oeste de la Unión hallan una gran ventaja política en permanecer unidos entre sí y con el Norte. El Sur encierra en su seno una inmensa población de esclavos; población amenazadora al presente, y aún más en lo sucesivo. Los Estados del Oeste ocupan la hondonada de un solo valle. Los ríos que riegan los montes Rocallosos ó de los Aleghanys mezclan todos ellos sus aguas con el Missisipí, y van con él hacia el Golfo de Méjico. Los Estados del Oeste se hallan enteramente aislados á causa de su posición, de las tradiciones de Europa y de la civilización del Antiguo Mundo.

En consecuencia de esto, los habitantes del Sur deben apetecer el conservar la Unión, por no quedarse solos cara á cara con los negros, y los habitantes del Oeste, á fin de no verse encerrados en medio de la América Central, sin comunicación libre con el mundo. El Norte, por su parte, debe desear que no se divida la Unión, con el objeto de permanecer como eslabón que junta este gran cuerpo con los demás del mundo.

Por consiguiente, existe un vínculo estrecho entre los intereses materiales de todas las partes de la Unión.

Lo mismo diré respecto de las opiniones y sentimientos que podrían llamarse los intereses inmateriales del hombre. Los moradores de los Estados Unidos hablan mucho de su amor por la patria; confieso que nada me fio en ese patriotismo reflexionado, que se funda en el interés y que éste, mudando de objeto, puede des-

---

(1) Y así ha sucedido al fin. ¡Acaso éstas, como otras palabras de Tocqueville hayan servido de orientación á los yanquis para actos posteriores de su política!—(N. del T.)

truir. Tampoco doy gran valor al lenguaje de los americanos, al manifestar cada día la intención de conservar el sistema federal que han adoptado sus padres. Lo que mantiene á un crecido número de ciudadanos bajo el mismo gobierno, es mucho menos la voluntad razonada de permanecer unidos que el acuerdo instintivo, y en algún modo involuntario, que resulta de la semejanza de sentimientos y opiniones.

En mi vida convendré en que unos hombres forman una sociedad, por la única razón de que no reconozcan el mismo jefe y obedezcan las mismas leyes; no hay sociedad sino cuando los hombres consideran un gran número de objetos bajo el mismo aspecto; cuando acerca de numerosísimos asuntos tengan idénticas opiniones y, finalmente, siempre que los mismos hechos originen en ellos las mismas impresiones y los mismos pensamientos.

El que mirando la cuestión desde este punto de vista estudiase lo que pasa en los Estados Unidos, sin dificultad descubriría que sus moradores, divididos como están en veinticuatro soberanías distintas, constituyen, no obstante, un pueblo solo, y aun tal vez llegaría á pensar que el estado de sociedad existe más realmente en el seno de la Unión americana que entre ciertas naciones de Europa, no obstante no tener más que una sola legislación y someterse á un solo hombre.

Sin embargo de que los angloamericanos profesan varias religiones, todos ellos tienen la misma manera de considerar la religión.

No siempre concuerdan entre sí sobre los medios que se han de emplear para gobernar bien, y varían acerca de algunas formas que conviene dar al gobierno, pero están acordes sobre los principios generales que deben regir las sociedades humanas. Del Maine á las Floridas, del Missisipi hasta el Océano Atlántico, créese que reside en el pueblo el origen de todas las potestades legítimas. Concíbense las mismas ideas acerca de la libertad é igualdad; tiénense las mismas opiniones sobre la imprenta, el derecho de asociación, el jurado, la responsabilidad de los agentes del poder.

Si pasamos de las ideas políticas y religiosas á las opiniones filosóficas y morales que arreglan las acciones diarias de la vida y la dirigen toda ella, observaremos la misma conformidad. Los

angloamericanos (1) colocan en la razón universal la autoridad moral, así como la potestad política, en la universalidad de ciudadanos, y estiman que al sentido de todos ha de atenerse uno para discernir lo permitido ó lo prohibido, lo verdadero ó lo falso. Los más son de parecer que el conocimiento de su interés bien entendido basta para conducir al hombre hacia lo justo y lo honroso. Creen que cada cual, al nacer, recibe la facultad de gobernarse de por sí y que tiene derecho para forzar á su semejante á ser feliz. Todos tienen una fe viva en la perfección humana; conceptúan que la difusión de luces debe necesariamente ocasionar resultados provechosos y la ignorancia traer consigo efectos funestos; todos consideran la sociedad como un cuerpo en progreso, la humanidad como un retablo variable, en que nada está ni debe estar fijo para siempre, y admiten que lo que les parece bien hoy, puede reemplazarse mañana por otra cosa mejor, que aún se halla oculta.

No digo que sean justas todas estas opiniones, sino que son americanas.

Al mismo tiempo que los angloamericanos están unidos de este modo entre sí por ideas comunes, se separan de todos los demás pueblos por un sentimiento, que es el orgullo.

Desde cincuenta años acá no se cesa de repetir á los habitantes de los Estados Unidos, que forman el solo pueblo religioso, ilustrado y libre. Ellos ven que entre ellos, hasta ahora, prosperan las instituciones democráticas, cuando no surten efecto en lo demás del mundo; tienen, pues, un concepto inmenso de sí mismos, y no están distantes de creer que forman una especie por separado en el género humano.

Así, pues, los peligros de que está amenazada la Unión americana, no nacen de la diversidad de opiniones, ni de la de intereses. Se han de buscar en la variedad de caracteres y en las pasiones de los americanos.

Los hombres que viven en el inmenso territorio de los Estados Unidos son casi todos descendientes de una rama común; mas con el tiempo, el clima y señaladamente la esclavitud, han intro-

---

(1) Creo que está demás decir que, por estas expresiones: *los angloamericanos*, hablo de la gran mayoría de ellos, pues fuera de ésta siempre hay algunos individuos aislados.

ducido diferencias notables entre el carácter de los ingleses del Sur de los Estados Unidos y el de los ingleses del Norte.

Generalmente se cree entre nosotros que la esclavitud da á una porción de la Unión intereses contrarios á los de otra. No he notado tal cosa. La esclavitud no ha creado en el Sur intereses opuestos á los del Norte; sólo sí ha modificado el carácter de los habitantes del Sur; les ha dado hábitos diferentes.

Ya en otro lugar he dado á conocer el influjo que había ejercido la servidumbre en la capacidad comercial de los americanos del Sur; este mismo influjo se extiende igualmente en las costumbres.

El esclavo es un sirviente que no discute y se somete á todo, sin despegar los labios. Algunas veces quita la vida á su amo, pero nunca le resiste. En el Sur no hay familias, por pobres que sean, que no tengan su esclavo. El Americano del Sur, desde su nacimiento, se halla investido de una especie de dictadura doméstica; las primeras nociones que recibe de la vida le enteran de que ha nacido para mandar, y el primer hábito que adquiere es el de dominar sin esfuerzo alguno. La educación, pues, tiende poderosamente á hacer del americano del Sur un hombre altanero, liviano, irascible, violento, fogoso en sus deseos, impaciente de los obstáculos, pero fácil de desanimar si no puede triunfar del primer golpe.

El americano del Norte no ve correr esclavos alrededor de su cuna. No encuentra siquiera sirvientes libres, pues las más de las veces está reducido á atender él mismo á sus necesidades. Apenas nace, ya la idea de la necesidad viene de todas partes á presentarse á su imaginación y así aprende, desde temprano, á conocer exactamente por sí mismo el límite natural de su autoridad; no se espera á doblegar por medio de la fuerza las voluntades que se opongan á la suya, y sabe que para lograr el apoyo de sus semejantes, lo primero de todo es ponerse á bien con ellos. Es, pues, paciente, pausado, tolerante, lento en obrar y perseverante en sus designios.

En los Estados meridionales siempre quedan satisfechas las más apremiantes necesidades del hombre. Así el americano del Sur no está preocupado de los cuidados materiales de la vida; otro se encarga de pensar en eso, en su lugar. Libre en este punto, su imaginación se dirige hacia otros objetos mayores y menos exactamente definidos. El americano del Sur gusta de la grandeza, del

lujo, de la gloria, del bullicio, de los placeres y, mayormente, de la ociosidad; nada le obliga á trabajar para vivir y como no tiene trabajos necesarios se adormece y ni siquiera emprende algunos que sean útiles.

Reinando en el Norte la igualdad de haberes, y no existiendo allí la esclavitud, el hombre se encuentra como absorbido por aquellos mismos cuidados materiales que desdeña el blanco en el Sur. Desde su infancia se ocupa en combatir la miseria, y aprende á poner el desahogo más alto que todos los goces del ánimo y del corazón. Reconcentrado en las más pequeñas menudencias de la vida, su imaginación se apaga, sus ideas son numerosas y menos generales, pero se hacen más prácticas, más claras y más cabales. Como dirige hacia el único estudio del bienestar todos los esfuerzos de su inteligencia, no tarda en sobresalir en esto; sabe admirablemente sacar partido de la naturaleza y de los hombres para producir la riqueza; comprende maravillosamente el arte de hacer concurrir la sociedad á la prosperidad de cada uno de sus miembros y á sacar del egoísmo individual la ventura de todos. El hombre del Norte no tiene solamente experiencia, sino saber y, á pesar de eso, no gusta de la ciencia como de un placer, la estima como un medio, y de ella sólo percibe con ansia las aplicaciones útiles.

El americano del Sur es más espontáneo, más despejado, más franco, más generoso, más intelectual y más brillante.

El americano del Norte es más activo, más sensato, más ilustrado y más hábil.

El uno, tiene los gustos, las preocupaciones, las flaquezas y la grandeza de todas las aristocracias.

El otro, las cualidades y los defectos que caracterizan á la clase media.

Reúnanse dos hombres en sociedad; déense á estos dos hombres los mismos intereses y, en parte, las mismas opiniones; si discrepan en carácter, en luces y en civilización, hay muchas probabilidades de que no están acordes entre sí. Pues bien; la misma observación es aplicable á una sociedad de naciones.

De todo esto se infiere que la esclavitud no contrasta directamente la Confederación americana, por los intereses, sino indirectamente, por las costumbres.

Los Estados que se adhirieron al pacto federal en 1790 eran trece; la Confederación cuenta hoy veinticuatro. La población que ascendía á cerca de cuatro millones en 1790, se duplicó en el espacio de cuarenta años, pues en 1830 era de cerca de trece millones (1).

Semejantes mudanzas no pueden verificarse sin correr riesgo. Así, para una sociedad de naciones como para una sociedad de individuos, hay tres eventualidades principales de duración: la discreción de los consocios, su debilidad individual y su corto número.

Los americanos que se alejan de las costas del Océano Atlántico para internarse en el Oeste, son aventureros impacientes de toda especie de yugo, ávidos de riquezas y, á menudo, expulsados por los Estados que les han visto nacer. Llegan en medio del desierto sin conocerse unos á otros, en donde no hallan para contenerlos ni tradiciones, ni espíritu de familia, ni ejemplos. Entre ellos, el imperio de las leyes es débil, y aún lo es más el de las costumbres. Los hombres que pueblan cada día los valles del Misisipí son, pues, inferiores bajo todos aspectos á los americanos que viven en los antiguos límites de la Unión. Sin embargo, ejercen ya gran influjo en sus comunidades y llegan á gobernar los negocios municipales antes de haber aprendido á dirigirse á sí mismos (2).

Cuanto más débiles son individualmente los consocios, tantas más probabilidades de duración tiene la sociedad, puesto que entonces no tienen seguridad sino permaneciendo unidos. Cuando en 1790, la más poblada de las repúblicas americanas no constaba de quinientos mil vecinos (3), cada una de ellas conocía lo insignificante que era como pueblo independiente, idea que le facilitaba la

---

(1) Empadronamiento de 1790: tres millones novecientos veintinueve mil ciento veintiocho. Y el de 1830: doce millones ochocientos cincuenta y seis mil ciento sesenta y cinco.

(2) Verdad es que esto no es más que un peligro transitorio, pues no dudo que con el tiempo llegue á asentarse y arreglarse la sociedad en el Oeste como lo ha hecho en las orillas del Océano Atlántico.

(3) La Pensilvania tenía en 1790, cuatro millones treinta y un mil trescientos sesenta y tres habitantes.

obediencia á la autoridad federal. Mas luego que uno de los Estados confederados cuenta dos millones de habitantes, como el Estado de Nueva York y ocupa un territorio cuya superficie es igual á la cuarta parte de la de Francia (1), ya se conceptúa fuerte por sí mismo, y si continúa deseando la unión como útil para su bienestar, ya no la considera como necesaria á su existencia; puede prescindir de ella y, consintiendo en quedarse allí, no tarda en querer predominar.

La multiplicación sola de los miembros de la Unión propendería ya sobremanera á romper el vínculo federal. Todos los hombres puestos en el mismo punto de vista no miran del mismo modo los mismos objetos. Con mucha mayor razón es así cuando es diferente aquél. A medida que se aumenta el número de repúblicas americanas, se ve ir disminuyendo la probabilidad de reunir el asentimiento de todas acerca de las mismas leyes.

En el día, los intereses de las diferentes partes de la Unión no son contrarios entre sí; mas, ¿quién podrá prever las diversas mudanzas que sobrevendrán próximamente en un país donde cada día se crean ciudades y cada lustro naciones?

Desde que se fundaron las colonias inglesas, se ha duplicado en ellas el número de habitantes cada veintidós años, poco más ó menos; no veo causas que deban contener de aquí á un siglo este movimiento progresivo de la población angloamericana, y antes de transcurrir cien años, pienso que el territorio ocupado ó reclamado por los Estados Unidos, le ocuparán más de cien millones de habitantes y estará dividido en cuarenta Estados (2).

Doy por supuesto que estos cien millones de habitantes no tengan intereses diferentes; antes al contrario, les doy á todos una ventaja real en quedarse unidos, y digo que por lo mismo que

---

(1) La superficie del Estado de Nueva York es de seis mil doscientas trece leguas (quinientas millas cuadradas). (Véase *View of the United States, by Damby*, pág. 435).

(2) Si continúa doblando la población de veintidós en veintidós años aún por espacio de un siglo, como ha sucedido desde doscientos años á esta parte, en 1852 se contarán en los Estados Unidos veinticuatro millones de habitantes; cuarenta y ocho, en 1874, y noventa y seis, en 1896. Así sucedería aun cuando se encontrasen en la espalda oriental de los montes Rocallosos terrenos opuestos al cultivo.

ellos son cien millones compuestos de cuarenta naciones distintas é igualmente poderosas, el mantenimiento del gobierno federal no es más que un accidente feliz.

En buena hora doy crédito á la perfección humana; pero hasta que los hombres hayan mudado de naturaleza y transformádose completamente, me opondré á creer en la duración de un gobierno cuya incumbencia es conservar juntos cuarenta pueblos diversos, esparcidos en una superficie igual á la mitad de Europa (1), excitar entre ellos las rivalidades, la ambición y las desavenencias, y reunir la acción de sus disposiciones independientes hacia el cumplimiento de los mismos designios.

Pero el mayor peligro que corre la Unión agrandándose, pende de la continua traslación de fuerzas efectuadas en su seno.

Desde las márgenes del lago Superior hasta el Golfo de Méjico, se cuenta, á vuelo de pájaro, cerca de cuatrocientas leguas de Francia. A lo largo de esta línea inmensa serpentea la frontera de los Estados Unidos; unas veces se entra ella en estos límites, y las más penetra mucho más allá entre los desiertos. Se ha calculado que sobre todo este vasto frente avanzaban los blancos cada año, por término medio, siete leguas (2). De tiempo en tiempo se presenta un inconveniente, y es un distrito improductivo, un lago ó una nación de indios que se encuentra inopinadamente en su tránsito. Entonces se detiene un instante la columna; sus dos extremos se curvan sobre sí mismos y, una vez juntos, se continúa

---

Las tierras ya ocupadas pueden muy fácilmente contener aquel número de habitantes. Cien millones de hombres esparcidos en el terreno ocupado ahora por los veinticuatro Estados y los tres territorios de que se compone la Unión, no darían más que setecientos sesenta y dos individuos por legua cuadrada, lo que distaría aún mucho de la población media de Francia, que es de mil sesenta y tres; de la de Inglaterra, que es de mil cuatrocientos cincuenta y siete, y lo que es más, aun inferior á la población de Suiza, pues ésta, á pesar de sus lagos y montes, cuenta setecientos ochenta y tres habitantes por legua cuadrada. (Véase *Malte-Brun*, volumen VI, pág. 32.)

(1) El territorio de los Estados Unidos tiene una superficie de doscientas noventa y cinco mil leguas cuadradas; el de Europa, según *Malte-Brun*, vol. VI, pág. 4, es de quinientas mil.

(2) Véanse *Documentos legislativos*, XX<sup>o</sup>, núm. 117, pág. 105.

avanzando. Hay en este rumbo gradual y continuo de la raza europea hacia los montes Rocallosos algo de providencial: es como un diluvio de hombres que sube sin cesar y que levanta cada día la mano de Dios.

Por detrás de esta primera línea de conquistadores, se construyen ciudades y se fundan vastos Estados. En 1790 apenas se hallaban algunos miles de plantadores esparcidos en los valles que contienen tantos hombres como encerraba la Unión entera en aquel año, pues la población asciende allí á cerca de cuatro millones de habitantes (1). La ciudad de Wáshington se fundó en 1800, en el centro mismo de la Confederación americana, y ahora se halla en una de sus extremidades. Los diputados de los últimos Estados del Oeste (2), para venir á ocupar su asiento en el Congreso, tienen que hacer un recorrido tan largo, como el viajero que va de Viena á París.

Todos los Estados de la Unión van al mismo tiempo hacia la fortuna, pero no es dable á todos acrecentarse y florecer en la misma proporción.

En el Norte de la Unión ramas desprendidas de la cordillera de los Alleghanys, avanzando hasta el Océano Atlántico, forman allí bahías espaciosas, puertos siempre abiertos á las mayores embarcaciones. Por el contrario, partiendo del Potomac y siguiendo las costas de América hasta la embocadura del Missisipí, ya no se encuentra más que un terreno llano y arenoso. En esta parte de la Unión está obstruída la salida de casi todos los ríos, y los puertos que se abren de distancia en distancia en medio de aquellas lagunas, no presentan á los barcos la misma profundidad y no dan tanta facilidad al comercio como los del Norte.

A esta primera dificultad, dimanada de la naturaleza, se agrega otra que proviene de las leyes. Hemos visto que la esclavitud, abolida en el Norte, existe todavía en el Mediodía, y he hecho ver el influjo funesto que ejerce en el bienestar del amo mismo.

---

(1) Según el empadronamiento de 1830: tres millones seiscientos setenta y dos mil trescientos diecisiete.

(2) De Jefferson, capital del Estado de Misouri á Wáshington, se cuentan mil diecinueve millas ó cuatrocientas veinte leguas de posta. (*American Almanac*, 1831, pág. 18).

El Norte, pues, debe ser más comerciante (1) y más industrial que el Sur y, por lo mismo, es natural que allí cundan con más rapidez la población y la riqueza.

Los Estados situados en las costas del Océano Atlántico están ya medio poblados. Allí, la mayor parte de las tierras tienen un dueño y, por consiguiente, no pueden recibir el mismo número de emigrados que los Estados del Oeste, que aún ofrecen un campo ilimitado á la industria. El valle del Missisipí es infinitamente más fértil que las costas del Océano Atlántico. Esta razón, añadida á todas las demás, impulsa enérgicamente á los europeos hacia el Oeste, lo cual se demuestra rigurosamente con guarismos.

Si se hace la cuenta sobre la totalidad de los Estados Unidos,

---

(1) Para juzgar de la diferencia habida entre el movimiento comercial del Sur y el del Norte, basta pasar la vista por el estado siguiente:

En 1829, las naves de grande y pequeño comercio pertenecientes á Virginia, ambas Carolinas y Georgia (los cuatro Estados grandes del Sur), no cargaban más que cinco mil doscientas cuarenta y tres toneladas.

En el mismo año, sólo las del Estado de Massachusetts, cargaban diecisiete mil trescientas veintidós toneladas (\*). Así sólo este Estado último tenía tres veces más embarcaciones que los cuatro anteriormente mencionados.

Sin embargo, el Estado de Massachusetts no tiene más que novecientas cincuenta y nueve leguas cuadradas de superficie (siete mil trescientas treinta y cinco millas cuadradas), y seiscientos diez mil catorce habitantes, mientras los cuatro Estados de que hablo constan de veintisiete mil doscientas cuatro leguas cuadradas (doscientas diez mil millas), y tres millones cuarenta y siete mil setecientos sesenta y siete habitantes. Así, la superficie de los cuatro Estados y su población, es cinco veces menor que la de ellos (\*\*). La esclavitud perjudica de varias maneras á la prosperidad del Sur; disminuye el espíritu de empresa entre los blancos é impide que encuentren á su disposición los marinos que necesitan. La marina no se recluta, por lo general, sino en la última clase de la población, y cabalmente en el Sur forman esta clase los esclavos, á quienes es difícil utilizar para el mar; su servicio sería inferior al de los blancos, y siempre sería de temer se sublevaran en medio del Océano ó se escapasen al arribar á puertos extranjeros.

(\*) *Documentos legislativos*, XX.º Congreso, 2.ª sesión, núm. 140, pág. 244.

(\*\*) *Wiewof the United States*, por Darby.

se saca en claro que desde hace cuarenta años el número de habitantes casi se ha triplicado. Mas si se restringe el cálculo á los valles del Missisipí se descubre que, en el mismo espacio de tiempo, la población (1) se ha hecho treinta y una vez mayor (2).

Cada día se muda de lugar el centro de la potencia federal. Cuarenta años ha, la mayoría de los ciudadanos de la Unión estaban en las orillas del mar, en las inmediaciones del lugar en que está hoy Wáshington, y ahora se encuentra más metida en tierras adentro y más al Norte, no quedando duda que antes de veinte años se hallará del otro lado de los Alleghanys. Subsistiendo la Unión, el valle del Missisipí, por su fertilidad y su extensión, no podrá menos de llegar á ser el centro permanente de la potencia federal, y dentro de treinta ó cuarenta años habrá tomado su puesto natural, siendo fácil de calcular que entonces su población, comparada con la de los Estados sitos en las márgenes del Atlántico, estará en la proporción de cuarenta á once, con corta diferencia. Transcurridos, pues, algunos años, la dirección de la Unión se escapará completamente de los Estados que la fundaron, y la población de los valles del Missisipí predominará en los consejos federales.

Esta gravitación continua de las fuerzas y la influencia federal hacia el Noroeste se pone al descubierto cada diez años, luego que hecho un empadronamiento general de la población se fija de nuevo el número de representantes que debe enviar al Congreso cada Estado (3).

---

(1) *Vir of the United States, by Darby*, pág. 444.

(2) Sépase que cuando yo hablo del valle del Missisipí no comprendo en él la porción de los Estados de Nueva York, Pensilvania y Virginia, situada en el Oeste de los Alleghanys, sin embargo de que se deba considerar como perteneciente á ellos.

(3) Échase de ver entonces, que durante los diez años, recién transcurridos, tal Estado ha acrecentado su población en la proporción de cinco entre ciento, como el Delaware; otro tal en la proporción de doscientos y cincuenta entre ciento, como el territorio de Michigan. La Virginia muestra, que durante el mismo período, ella ha aumentado el número de sus habitantes en la relación de trece entre ciento, al paso que el Estado limítrofe del Ohío lo ha sido de sesenta y uno por ciento en cuanto al de los suyos. Véase el estado general contenido en el *National Calendar*, y causará admiración la desigualdad que se advierte en los haberes de los diferentes Estados.

En el año de 1790, la Virginia tenía diecinueve representantes en el Congreso, cantidad que ha continuado aumentándose hasta el de 1813, habiendo ascendido entonces á veintitrés. Desde aquella época ha principiado á disminuir su número, no siendo en 1833 más que de veintiuno (1). Durante este mismo período el Estado de Nueva York seguía una progresión contraria; en 1790, tenía en el Congreso diez representantes; en 1813, veintisiete; en 1823, treinta y cuatro; en 1833, cuarenta. El Ohío no tenía más que un solo representante en 1803, y en 1833 contaba diecinueve.

Difícil es por cierto hacerse cargo de una unión durable entre dos pueblos, de los cuales uno es pobre y débil, y el otro rico y fuerte; aun cuando la fuerza y la riqueza del uno no sean causa de la debilidad y pobreza del otro. La unión es aún más difícil de mantener cuando el uno pierde las fuerzas, y el otro las va adquiriendo.

Este acrecentamiento rápido y desproporcionado de ciertos Es-

---

(1) Más adelante se va á ver que en el transcurso del último período ha crecido la población de Virginia en la proporción de trece á ciento. Es preciso explicar cómo puede ir á menos el número de representantes de un Estado, cuando su población, lejos de disminuirse, se aumenta.

Tomó por punto de comparación Virginia que ya he citado. El número de los diputados de ella en 1823 era proporcionado al número total de los diputados de la Unión y á la relación de su población con la de toda la Unión; asimismo el número de diputados de Virginia en 1833 era respectivo al número total de diputados de la Unión en 1833, y á la relación de su población, acrecentada durante estos diez años. Por consiguiente la relación de nuevo número de diputados de Virginia con el antiguo será proporcional, por una parte á la relación del nuevo número total de los diputados con el antiguo, y por otra, á la relación de las proporciones de aumento de Virginia y de toda la Unión. Así para que permanezca fijo el número de diputados de Virginia, basta que la relación de la proporción de aumento del país pequeño con la del grande, sea la inversa de la relación del nuevo número total de los diputados con el antiguo, y por poco que esta proporción de aumento de la población virginense esté en una relación más tenue con la proporción de aumento de toda la Unión, que el nuevo número de diputados de la Unión con el antiguo se disminuirá el número de diputados de Virginia.

tados amaga la independenciam de los demás. Si Nueva York, con sus dos millones de moradores y sus cuarenta representantes, quisiera dictar leyes al Congreso, tal vez lo llevaría á efecto. Mas aun cuando los Estados más poderosos no procurasen oprimir á los que lo son menos, habría peligro, puesto que existe en la posibilidad del hecho, casi tanto como en el hecho mismo.

Los débiles tienen rara vez confianza en la justicia y en la razón de los fuertes. Por eso los Estados que crecen con menos velocidad que los demás, echan miradas de desconfianza y envidia hacia aquéllos que la suerte favorece. De aquí aquel malestar profundo y aquel vago desasosiego que se observa en una parte de la Unión, y que hacen contraste con el bienestar y confianza que reina en la otra. En mi opinión, la actitud hostil que ha tomado el Sur, no tiene otras causas.

Los hombres del Sur son, entre todos los americanos, los que deberían tener más apego á la Unión, porque especialmente son ellos quienes padecerían, de ser abandonados á sí mismos ¡y sin embargo son los únicos que amenazan romper el haz de la confederación! ¿De dónde, pues, dimana esto? Es fácil decirlo: el Sur, que ha suministrado cuatro presidentes á la confederación (1), que hoy sabe que se le escapa la potestad federal, que cada año ve disminuirse el número de sus representantes en el Congreso y aumentarse los del Norte y Oeste; el Sur, repito, poblado de hombres fogosos é irascibles, se irrita y se desasosiega. Vuelve pesarosamente sus miradas hacia sí mismo; consultando lo pasado, se pregunta todos los días sino está oprimido; y si no se escucha su voz, se indigna y amenaza retirarse de la sociedad cuyas cargas sobrelleva sin obtener provechos.

«Las leyes de la tarifa (arancel), decían los habitantes de la Carolina en 1832, enriquecen al Norte y arruinan al Sur; porque sin eso, ¿cómo cabe concebir que aquél con su clima inhospitalario y su suelo árido, aumente sin cesar sus riquezas y su potestad; mientras que el Sur, que forma como el jardín de América, caiga rápidamente en decadencia? (2)

---

(1) Wáshington, Jefferson, Madisson y Monroe.

(2) Véase la relación hecha por su junta á la convención, que proclamó la anulacion de la Carolina del Sur.

Si las mudanzas de que he hablado se efectuasen gradualmente, de modo que cada generación tuviese á lo menos tiempo de pasar con el orden de cosas que ha presenciado, sería menor el peligro; mas hay algo de precipitado, y podría casi decir de revolucionario, en los progresos que hace la sociedad en América. El mismo ciudadano ha podido ver su Estado marchar al frente de la Unión y ser ineficaz en los consejos ó juntas federales. Hay república angloamericana que ha tomado cuerpo tan pronto como un hombre; nacida, crecida y llegada á madurez en treinta años.

No obstante esto, no es de suponer que allí los Estados que pierden el poderío se despueblen ó se empeoren; su posteridad no se detiene; crecen aún más prontamente que ningún reino de Europa (1). Pero les parece que se empobrecen, porque no se enriquecen tan pronto como su vecino y creen perder su potestad, porque entran de golpe en contacto con una mayor que la suya (2); son, pues, sus sentimientos y sus pasiones los que se ofenden, más que sus intereses. ¿Y esto no es lo bastante para que peligre la confederación? Si desde el comienzo del mundo los pueblos y los reyes no hubieran tenido que mirar más que su utilidad real, apenas se sabría lo que es guerra entre los hombres.

Así, el mayor peligro que amenaza á los Estados Unidos, nace de su misma prosperidad, la cual propende á crear en varios de los

---

(1) La población de un país forma de seguro el primer elemento de su riqueza. Durante el mismo período de 1820 á 1830, en que Virginia perdió á dos diputados en el Congreso, se acrecentó su población en la proporción de trece y un séptimo por ciento; la de las Carolinas en la relación de quince á ciento, y la de Georgia en la proporción de cincuenta y uno y un quinto. (Véase *American Almanac*, 1832, pág. 162). Pues bien: Rusia, que es el país de Europa en que crece con más rapidez la población, no aumenta de diez en diez años el número de sus habitantes, sino en la proporción de nueve y un quinto por ciento; Francia, en la de un siete, y Europa, en masa, en la de cuatro y un séptimo por ciento. (Véase *Malte Brun*, volumen VI, pág. 95).

(2) Debe confesarse, sin embargo, que la depreciación efectuada en el valor del tabaco, desde cincuenta años acá, ha disminuído sobremanera el desahogo de los cultivadores del Sur; pero este hecho es independiente de la voluntad de los hombres del Norte, lo mismo que de la suya.

confederados el desvanecimiento que acompaña el aumento rápido de la fortuna, y en los otros la envidia, la desconfianza y los disgustos que suelen venir en pos de la pérdida.

Los americanos se regocijan contemplando este movimiento extraordinario, y en mi juicio deberían mirarle pesarosa y tímida-mente (1). Los americanos de los Estados Unidos, hagan lo que hicieren, llegarán á ser uno de los mayores pueblos del mundo; cubrirán con sus vástagos casi toda la América del Norte; el continente que habitan es su dominio y no se les puede escapar. ¿Quién, pues, les da prisa para ponerse en posesión de él desde el día de hoy? La riqueza, el poderío y la gloria no pueden faltarles algún día, y se precipitan hacia aquella inmensa fortuna como si no les quedase más que un instante para apoderarse de ella.

Cree haber demostrada que la existencia de la confederación actual dependía enteramente de la conformidad de todos los confederados, en querer permanecer unidos. Y partiendo de este dato, he averiguado cuáles eran las causas que podían inducir á los diferentes Estados á querer separarse; mas para la Unión hay dos maneras de perecer: uno, queriendo los Estados confederados retirarse del contrato y así quebrar violentamente el lazo común, siendo á este caso al que se refieren las más de las observaciones que he hecho antes de ahora, ó el gobierno federal puede perder progresivamente su potestad por una tendencia simultánea de las repúblicas á recobrar el uso de su independencia. El poder central, privado sucesivamente de todas sus prerrogativas, reducido por un acuerdo tácito á la impotencia, sería inhábil para llenar su objeto, y perecería la segunda Unión, como la primera, por una especie de imbecilidad senil.

El debilitamiento progresivo del vínculo federal, que conduce definitivamente á la anulación de la Unión, es, por otra parte en sí mismo un hecho distinto que puede traer otros muchos resultados menos extremados, antes de producir aquél. Y aunque existiese to-

---

(1) Hasta hoy no se ha visto hecho alguno que venga á confirmar tal previsión; al contrario, á medida que ha ido aquella nación prosperando sus riquezas, su potencia nacional se ha ido aumentando y su cultura hasta llegar á ser una de las naciones próceres del globo.—(N. del T.)

davía la confederación, ya la debilidad de su gobierno podría reducir la nación á la impotencia, causar anarquía en lo interior y decaimiento en la prosperidad general del país.

Indagado ya lo que lleva á los angloamericanos á desunirse, importa examinar si subsistiendo la Unión, su gobierno agranda la esfera de su acción ó la achica, si se hace más enérgico ó más débil.

Es evidente que los americanos están poseídos de un gran temor. Echan de ver que entre los más de los pueblos del mundo, el ejercicio de los derechos de la soberanía caminó á concentrarse en pocas manos, y se asustan al pensar que al cabo también será lo mismo entre ellos. Los estadistas mismos experimentan estos temores, ó á lo menos lo aparentan, por cuanto en América la centralización no es popular, y no cabe obsequiar más hábilmente á la mayoría que levantándose contra las extensas usurpaciones del poder central. Los americanos rehusan ver que en los países en que se manifiesta esa tendencia á la centralización que los atemoriza, no se encuentra más que un solo pueblo, cuando la Unión es una confederación de pueblos diferentes, dato suficiente para desconcertar todas las previsiones fundadas en la analogía.

Confieso que miro esos temores de un crecido número de americanos, como enteramente imaginarios; y lejos de temer yo junto con ellos la consolidación de la soberanía en manos de la Unión, creo que el gobierno federal se debilita de un modo visible. Para probar, pues, mi aserto sobre este punto, no recurriré á hechos antiguos, sino á los que yo mismo he presenciado ó que han sucedido en nuestro tiempo.

Cuando se examina atentamente lo que pasa en los Estados Unidos, sin esfuerzo se descubre la existencia de ambas tendencias contrarias, siendo como dos ríos que corrieran por el mismo lecho en sentidos opuestos.

Desde hace cincuenta años, que existe la Unión, el tiempo ha hecho justicia de una multitud de preocupaciones provinciales que al principio militaban contra ella. El sentimiento patriótico, que apegaba á cada americano á su Estado, se ha hecho menos exclusivo. Conociéndose mejor las diferentes partes de la Unión, se aproximan entre ellas más. El correo, ese gran vínculo de los es-

píritus, penetra hoy hasta en lo hondo de los desiertos (1); los barcos de vapor hacen comunicar entre sí cada día todos los puntos de la costa. El comercio baja y sube los ríos del interior con una rapidez cual nunca (2). A estas facilidades, creadas por la naturaleza y el arte, se agregan la inestabilidad de los deseos, la inquietud del ánimo, el amor á las riquezas, que impeliendo sin cesar al americano á fuera de su morada, le ponen en comunicación con gran número de conciudadanos. Recorre su país en todas direcciones, visita todas las poblaciones que le habitan. No se encuentra provincia de Francia cuyos habitantes se conozcan tan perfectamente entre sí, como los trece millones de hombres que cubren la superficie de los Estados Unidos.

Al mismo tiempo que se mezclan los americanos se asemejan, disminúyense las diferencias que habían puesto entre ellos el clima, el origen y las instituciones; acércanse todos más y más á un tipo común. Cada año, miles de hombres partidos del Norte, se esparcen por todos los puntos de la Unión, llevando consigo sus creencias, sus opiniones y sus costumbres, y como su cultura es superior á la de los hombres entre quienes van á vivir, no tardan en apoderarse de los negocios y modificar la sociedad en provecho suyo. Esta continua emigración del Norte hacia el Mediodía, favorece sobremanera la fusión de todos los caracteres provinciales en uno sólo nacional. Parece, pues, destinada la civilización del Norte á ser la medida común, según la cual debe arreglarse algún día todo lo demás.

---

(1) En 1832 el distrito de Michigán, que no tiene más que treinta y un mil seiscientos treinta y nueve habitantes, y todavía no forma sino un desierto apenas transitable, presentaba el desenvolvimiento de novecientas cuarenta millas de caminos de posta. Al territorio casi enteramente salvaje de Arkansas le atravesaban ya mil novecientas treinta y ocho millas de semejantes caminos. Véase *The Report of the post general*, 30 de Noviembre de 1833. El porte sólo de los periódicos en toda la Unión produce por año doscientos cincuenta y cuatro mil setecientos noventa y seis dollars.

(2) En el transcurso de diez años, de 1821 á 1831, se han echado al agua doscientos sesenta y un barcos de vapor, sólo en los ríos que riegan el valle del Missisipi.

En 1829 había en los Estados Unidos doscientos cincuenta y seis barcos de vapor. (Véase *Documentos legislativos* núm. 140, pág. 274).

A medida que progresa la industria de los americanos, se van estrechando los lazos comerciales que unen á todos los Estados confederados, y entra la unión en los hábitos después de haber estado en las opiniones.

Con el tiempo desaparecen una infinidad de terrores fantásticos que atormentaban la imaginación de los hombres de 1789. El poder federal no se ha hecho opresor; no ha destruído la independencia de los Estados; no conduce á los confederados á la monarquía; con la Unión, los Estados chicos no han caído en la dependencia de los grandes. La Confederación ha continuado acrecentándose sin cesar en población, en riqueza, en poder.

Estoy convencido que, en nuestro tiempo, los americanos tienen menos dificultades naturales en vivir unidos, que las que encontraron en 1789. La Unión tiene menos enemigos que entonces.

Y sin embargo, si se quiere estudiar con esmero la historia de los Estados Unidos desde cuarenta y cinco años acá, sin trabajo se convencerá uno de que va á menos la potestad federal, no siendo difícil indicar las causas de este fenómeno.

Al promulgarse la Constitución de 1789, todo parecía en la anarquía; la Unión, que siguió á este desorden, excitaba mucha ira y encono, pero tenía amigos entusiastas, porque ella era la expresión de una gran necesidad. Por eso, aunque más combatido entonces de lo que es hoy, el poder federal alcanzó rápidamente el máximo de su potestad, según suele suceder á un gobierno que triunfa después de haber exaltado sus fuerzas en la pelea. En aquella época, la interpretación de la constitución más bien extendió, al parecer, que estrechó la soberanía federal, y la Unión presentó bajo varias relaciones, el espectáculo de un solo y mismo pueblo, dirigido, así dentro como fuera, por un solo gobierno. Mas para llegar á tal punto, el pueblo se había sobrepuesto, digámoslo de este modo, á sí mismo.

La constitución no había destruído la individualización de los Estados, y todos los cuerpos, cualesquiera que sean, tienen un instinto secreto que los impele hacia la independencia, instinto aún más declarado en un país como la América, donde cada lugarcillo forma una especie de república acostumbrada á gobernarse por sí misma.

Por consiguiente, hubo esfuerzo de parte de los Estados que se

sometieron a la preponderancia federal, y todo esfuerzo, bien que coronado de gran éxito, no puede menos de debilitarse junto con la causa que lo ha provocado.

Según que el gobierno federal consolidaba su poder, la América tomaba su puesto entre las naciones; renacía la paz en las fronteras, se elevaba el crédito público; a la confusión sucedía un orden fijo que permitía a la industria individual seguir su rumbo natural y desenvolverse en libertad.

Esta misma prosperidad empezó a hacer perder de vista la causa que la había producido; pasado el peligro, los americanos ya no hallaron el tesón y el patriotismo que habían ayudado a que desapareciera. Libres de los temores de que estaba preocupado su ánimo, entraron fácilmente en el curso de sus hábitos, y se abandonaron sin resistencia a la tendencia ordinaria de sus inclinaciones. Al punto que no pareció ya necesario un gobierno fuerte, se principió otra vez a pensar que era incómodo. Todo prosperaba con la Unión y nada se desprendió de la Unión; mas apenas se quiso percibir la acción de la potestad que la representaba. Por lo general se deseó permanecer unidos, y en cada hecho particular se propendió a volver a ser independientes. El principio de la Confederación fue cada día admitido mas fácilmente y menos aplicado; por lo mismo, el gobierno federal, creando el orden y la paz, trajo consigo su decadencia.

Desde que esta disposición de los ánimos comenzó a manifestarse por fuera, los hombres de partido, que viven de las pasiones del pueblo, se pusieron a servirse de ellas en provecho suyo. El gobierno federal se encontró desde luego en una situación muy crítica. Sus enemigos tenían el favor popular, y prometiéndolo debilitarle, se obtenía el derecho de dirigirlo.

Desde aquella época, siempre que el gobierno de la Unión ha luchado con el de los Estados, casi nunca ha cesado de ir atrás. Cuando se ha dado margen a interpretar los términos de la constitución federal, la interpretación ha solido ser contraria a la Unión y favorable a los Estados.

La constitución daba al gobierno federal el cuidado de proveer a los intereses nacionales; se había pensado que a él tocaba hacer ó favorecer para acrecentar la prosperidad de toda la Unión (*internal improvements*), como, por ejemplo, los canales.

Los Estados se atemorizaron ante la idea de ver otra autoridad que la suya, disponer así de una porción de su territorio. Temieron que el poder central, granjeándose de este modo en su propio seno un patronato terrible, llegase á ejercer un influjo que querían reservarlo todo entero á sus solos funcionarios.

El partido democrático, que siempre se ha opuesto á todas las expansiones de la potestad federal, alzó, pues, la voz, acusando al Congreso de usurpador, y de ambicioso, al jefe del Estado. El gobierno federal, intimidado con tales clamoreos, reconoció por fin su error, y se encerró exactamente en la esfera que se le trazaba.

La constitución da á la Unión el privilegio de tratar con los pueblos extranjeros. La Unión había generalmente considerado desde este punto de vista á las tribus indias limítrofes á las fronteras de su territorio. Entretanto que aquéllos salvajes consintieron en huir á vista de la civilización, no se discutió el derecho federal; más desde el día en que una tribu india se decidió á fijarse en un punto del suelo, los Estados circunvecinos reclamaron un derecho de posesión sobre sus tierras, y uno de soberanía sobre los hombres que á ella pertenecían. El gobierno central se apresuró á reconocer ambos, y después de haber tratado con los indios, como con los pueblos independientes, los entregó como súbditos á la tiranía legislativa de los Estados (1).

Entre los que se habían formado en las riberas del Atlántico, varios se extendían indefinidamente al Oeste, por desiertos donde todavía no habían penetrado los europeos. Los Estados cuyos límites eran fijos irrevocablemente, veían con ojos envidiosos el porvenir inmenso franqueado á sus vecinos. Estos últimos, con espíritu de conciliación y á fin de facilitar el acto de Unión, accedieron á señalarse límites y abandonaron á la confederación todo el territorio que pudiera haber más allá (2).

---

(1) Véase en los documentos legislativos que ya he citado en el capítulo respectivo á los indios, la carta del presidente de los Estados Unidos á los Cherokees, su correspondencia sobre el particular con sus agentes y sus Mensajes al Congreso.

(2) El primer acto de cesión se verificó de parte del Estado de Nueva York en 1780; Virginia, Massachusetts, Connecticut, Carolina del Sur, Carolina del Norte, siguieron este ejemplo en diferentes períodos; Georgia fué la última: su acta de cesión no pasa de 1802.

Desde aquella sazón el gobierno federal se hizo propietario de todo el terreno inculto que se encuentra fuera de los trece Estados primitivamente confederados, siendo él quien se encarga de dividirlo y venderlo, y el dinero sacado de esto entra exclusivamente en el Tesoro de la Unión. Con estos réditos compra el gobierno federal á los indios sus tierras, abre caminos en los nuevos distritos, y franquea con toda su potestad el desenvolvimiento rápido de la sociedad.

En buen hora: ha ocurrido que en aquellos mismos desiertos cedidos antiguamente por los habitantes de las márgenes del Atlántico, se han ido formando con el tiempo nuevos Estados. El Congreso ha continuado vendiendo en beneficio de toda la nación las tierras incultas que aún encierran aquellos Estados en su seno. Mas hoy día éstos pretenden que una vez constituídos, deben tener derecho exclusivo para aplicar el producto de estas ventas á su propio uso. Siendo más y más amenazadoras las reclamaciones, el Congreso tuvo por acertado quitar á la Unión una parte de los privilegios de que había gozado hasta entonces, y á fines de 1832 hizo una ley, por la cual, sin ceder á las nuevas repúblicas del Oeste la propiedad de sus tierras incultas, aplicaba no obstante, en favor de ellas, la mayor parte de las rentas que sacaban (1).

Basta recorrer los Estados Unidos para apreciar las ventajas que obtiene el país del banco. Estas ventajas son de muchas clases, más hay una que llama especialmente la atención del extranjero. Los billetes del banco de los Estados Unidos se reciben en la frontera de los desiertos por el mismo valor que en Filadelfia, donde se hacen las operaciones (2).

El banco de los Estados Unidos es, á pesar de eso, objeto de grandes odios. Sus directores se han pronunciado contra el

---

(1) Es verdad, que el presidente no quiso sancionar esta ley, pero admitió completamente su principio. Véase el *Mensaje del 8 de Diciembre de 1833*.

(2) El banco actual de los Estados Unidos se fundó en 1816, con un capital de treinta y cinco millones de duros; su privilegio expira en 1836. En el año próximo pasado (1833), hizo el Congreso una ley para renovarle; más el presidente rehusó su sanción. Ahora está empeñada la lucha por una y otra parte con suma violencia, y es fácil presagiar la próxima caída del banco.

presidente; se les acusa (no sin verosimilitud) de haber abusado de su valimiento, para poner trabas á su elección. El presidente, pues, ataca la institución que representan estos últimos, con todo el ardimiento de una enemistad personal, y lo que ha dado ánimo al presidente para proseguir así su venganza, es que se cree apoyado en los impulsos secretos de la mayoría.

El banco forma el gran lazo monetario de la Unión, así como el Congreso es el gran lazo legislativo de ella, y las mismas pasiones que se encaminan á hacer á los Estados independientes del poder central, tienden á la destrucción del banco.

El de los Estados Unidos siempre posee en su poder crecidísimo número de billetes pertenecientes á los bancos provinciales, y puede cada día obligar á estos últimos á reembolsarlos en efectivo; no siendo de temer, al contrario, para él, semejante peligro, pues sus grandes recursos disponibles le permiten hacer frente á todas las exigencias. Amenazados así en su existencia, los bancos provinciales se ven en la absoluta precisión de usar de comedi-miento, y de no poner en circulación sino un número de billetes proporcionado á su capital. Los bancos provinciales sólo sufren con impaciencia esta saludable censura. Por eso los periódicos vendidos á ellos, y el presidente, de quien á causa de su interés son éstos sus órganos, atacan al banco con una especie de enfurecimiento, suscitando contra él las pasiones locales, y el ciego instinto democrático del país. Según ellos, los directores del banco forman un cuerpo aristocrático y permanente, cuyo valimiento no puede menos de percibirse en el gobierno, y debe alterar pronto ó tarde los principios de igualdad en que reposa la sociedad americana.

La pugna del banco con sus enemigos no es más que un incidente del gran combate que dan en América las provincias al poder central, el espíritu de independencia y de democracia, al espíritu de jerarquía y de subordinación. No me empeño en que los enemigos del banco de los Estados Unidos sean precisamente los mismos individuos que en otros puntos atacan al gobierno federal; sino que digo que los ataques contra el banco de los Estados Unidos son el resultado de los mismos impulsos que militan contra el gobierno federal, y que el crecido número de enemigos del primero es un síntoma funesto de la debilidad del segundo.